Una agenda llena de grasa

Salvador Enríquez Muñoz

Drama en un acto

A Isabel

PERSONAJES

(Por orden de intervención.)

TOMÁS

PORTERO

NIEVES

JUAN

ESTRELLA

MANOLO

Términos del público.

ACTO ÚNICO

La escena representa una estancia inconcreta, en un lugar inconcreto, que sirve de habitáculo a TOMÁS, **un hombre maduro que ha pasado los cuarenta años, y que vive en completa soledad, rodeado de viejos recuerdos, cacharros y mil cosas más. La decoración es, por tanto, barroca. En las paredes hay varios espejos, de diferentes tamaños y estilos, unos convenientemente velados, para evitar**

reflejos de luces al público, y dos, concretamente, simulados (hechos, por ejemplo, de gasa) para que sean practicables en algunos momentos de la acción. Estos dos espejos deben ser grandes, arrancando desde el suelo, para permitir el paso de algunos personajes, y estarán situados en el foro, uno a la izquierda y otro a la derecha.

Al fondo, en alto, una ventana; en primer término, a la derecha, hay un escritorio con un teléfono y un receptor de radio; a la izquierda, un camastro donde duerme TOMÁS **y, en el suelo, un despertador. Tres o cuatro sillas distribuidas por la escena y, en el suelo, varias cajas de cartón conteniendo libros, papeles y viejos periódicos. Todo bastante desordenado. A la izquierda una puerta, cerrada, practicable, que conduce a la escalera del edificio, y a la derecha otra puerta, abierta, que da al interior de la vivienda.**

Al alzar el telón, la escena está oscura y solamente entra por la ventana un resplandor de luna que ilumina levemente la estancia.

A los pocos segundos comienza a sonar el despertador. TOMÁS **se revuelve en el camastro. Suena de nuevo el despertador y, por fin,** TOMÁS **enciende la luz de la cabecera de la cama. Entra luz blanca a escena y se apaga el foco que produce el resplandor de la luna. Se frota los ojos, se despereza y se sienta en la cama con gesto de cansancio.**

TOMÁS.- **(Desperezándose.)** ¡Cada día suena el despertador antes! ¡Un día no me dará tiempo ni de acostarme! **(Pausa.)** Las noches se hacen cortas y... ¡Empieza a resultar insoportable! Quizá mi única ilusión, durante el día, es esperar que llegue la noche para..., olvidarme de todo. **(Mira a un lado y a otro.)** Pero..., ¡qué idiota soy! **(Con una sonrisa.)** Si hoy no tenía que madrugar... **(Socarronamente.)** Pero me engañé, así resulta más divertido. ¡Hoy estoy de vacaciones, y mañana, y pasado..., y el otro! Y así hasta treinta hermosos e interminables días. **(Pausa.)** Bueno, no tan interminables, también pasarán y yo volveré a mi oficina, a mi mesa de despacho, a poner sellos de tampón, a registrar el correo, a hacer sobres a máquina, a sumar infinitas columnas de números, a decir sí cuando pienso no, a aceptar lo impuesto por la norma... **(Pausa. Al público.)** Porque la norma es una cosa muy importante. Allí, en mi oficina, se recurre a la norma como cuando los egipcios invocaban al dios Apis o los griegos a Zeus: siempre que hay una duda. **(Con gesto**

grandilocuente.) ¡Lo dice la norma, así debe ser! **(Transición.)** Cuando algo no tiene razón de ser, cuando alguna cosa no se comprende, cuando algo parece absurdo, todo lo justifica la norma..., y si no existe se inventa una nueva. **(Dudando.)** Yo creo que lo importante allí es que no pienses mucho, mejor nada. Lo ideal es que formes parte, perfectamente, de un inmenso engranaje, de una tremenda cadena al final de la cual salen... ¡los beneficios! **(Temeroso.)** Pero..., ¿qué digo yo? Casi me estoy poniendo en tono panfletario y..., ¡eso ya no se lleva! **(Pausa.)** Pero a mí me quedan treinta días para volver y los voy a aprovechar. Tengo que tratar de animarme, de olvidar que la noche es el refugio de mis miedos, el cobijo de mis apatías; debo encontrar un aliciente que me obligue a madrugar, a levantarme de este camastro y salir a la calle con paso fuerte, **(Hace los gestos de lo que va describiendo.)** la mirada alta, el gesto seguro y la sonrisa a flor de piel... Como los verdaderos triunfadores..., como esos ejecutivos, con portafolios de piel y tarjeta de crédito oro, que salen por la mañana con la agresión como bandera, dispuestos a comerse el mundo. **(Por un momento se entristece y se sienta en la cama.)** Pero eso..., ¡parece tan difícil de conseguir...! Y es que a los veinte años se tienen ilusiones..., ¡toda una vida por delante! A los treinta o treinta y cinco..., crees estar a punto de tener el mundo en un puño, y... a los cuarenta y cinco, te das cuenta de que ese mundo tan soñado es como una pastilla de jabón..., escurridizo, sutil, tan liviano que se escapa..., ¡que se escapó! **(Pausa.)** Sí, se escapó de las manos, si es que lo tuvo uno aprehendido, y ya no hay quien lo coja. En algún sitio leí que pasar la frontera de los cuarenta y cinco, para muchos hombres, supone una enfermedad. Es cuando repasas tu vida y compruebas todo lo que no has hecho, todo lo que no has aprovechado, todo lo que deseaste hacer y no pudiste... Es cuando compruebas que ha transcurrido la mitad o algo más de tu vida, que el vigor y las fuerzas fallan..., ¡que ya no es como antes! Y que los años que quedan sólo sirven para malvivirlos..., que ya poco se puede realizar... **(Transición.)** Pero no me quiero poner triste... ¡Ea!, vamos a preparar el café.

(Se acerca al receptor de radio, lo enciende y sale por la derecha. Por la radio se oye la siguiente grabación.)

GRABACIÓN.- «Buenos días, son las siete cincuenta y cinco de la mañana. A todos nuestros oyentes les deseamos un feliz día. Nuestra programación, a partir de estos momentos, será la siguiente: inmediatamente, guía comercial; a las ocho, boletín

informativo; a las ocho quince, Grandes Orquestas; y a las nueve nuestro programa-concurso "¿Lo sabía usted?"».

(Entra música. TOMÁS **entra en escena y baja el volumen del receptor hasta hacerlo casi inaudible**.**)**

TOMÁS.- Ahora empezarán con los anuncios: ¡compre usted esto!, ¡compre usted lo otro!, ¡con tal perfume ligará más, con tal colonia se las llevará de calle...! **(Gritando a la radio**.**)** ¡Una leche! Yo he comprado desde la primera hasta la última marca de esas que anuncian en radio y en la «tele» y ya ves: estoy solo. **(Señalando a su alrededor**.**)** En un piso donde todo parece provisional..., ¡desde hace veinte años! en una soledad que me pesa como una losa. **(Mordiendo las palabras**.**)** No me comí ni una rosca por muchas colonias caras que me puse, ni por muchos dentífricos que compré; ni me convertí en un Adonis ni tomé el aspecto de un «duro» de cine americano.

(Suena el timbre de la puerta del piso.**)**

PORTERO.- **(Fuera**.**)** ¡Don Tomás! ¡Don Tomás!

TOMÁS.- Voy, voy.

(Va a la puerta de la izquierda y abre. **En ella aparece el portero de la casa vistiendo mono azul**.**)**

PORTERO.- Buenos días, ¿le ocurre algo?

TOMÁS.- ¡Hola, buenos días! No, no me ocurre nada.

PORTERO.- Perdone si molesto, pero... como ayer me dijo que hoy empezaba de vacaciones y he oído ruido..., creí que...

TOMÁS.- Pase, pase usted.

PORTERO.- **(Entrando**.**)** No, no quiero molestar.

TOMÁS.- Usted no molesta.

PORTERO.- **(Mirando a todos lados**.**)** Es que...

TOMÁS.- **(Sonriendo y con gana de hablar.)** No había entrado usted a mi casa nunca, ¿verdad?

PORTERO.- Pues no, ¡fíjese! Mi señora creo que sí, en alguna ocasión en que le hizo algún recado, pero yo no... la verdad es que uno no tiene tiempo de hacer visitas; además, lo que yo digo: cada uno en su casa y Dios en la de todos, ¿no?

TOMÁS.- **(Sin mucho convencimiento.)** Eso sí, en eso estoy de acuerdo con usted.

PORTERO.- Yo me limito a limpiar la escalera, cuando mi señora no puede..., ya sabe, ella tiene también las cosas de nuestra casa; vigilo quien entra y quien sale..., ¡me refiero a los desconocidos, claro!, y... poco más.

TOMÁS.- **(Manifestando más claramente su gana de charlar.)** Pues hoy puede ser un día distinto, hoy puede usted hasta desayunar conmigo. ¿Le apetece?

PORTERO.- **(No muy convencido**, **más bien por cortesía.)** ¡Eso no! ¡Por Dios! Yo no quiero molestar... llamé simplemente por si le ocurría algo, ya digo: como oí un ruido...

TOMÁS.- Pero si no molesta, al contrario; incluso le voy a agradecer un poquito de charla. ¿Sabe qué pasa?

PORTERO.- No.

TOMÁS.- Pues que uno está todo el año trabajando, saliendo por la mañana a la misma hora, casi amaneciendo; ocho horas en la oficina, que no da tiempo ni de respirar; otra hora en el trayecto, rodeado de desconocidos que simulan leer el periódico para espiarte; y..., cuando no tienes que ir a trabajar, cuando estás de vacaciones, como yo ahora, pues no sabes qué hacer en los primeros días, ¿comprende? se encuentra uno como..., en un vacío.

PORTERO.- **(Sin entrar muy bien en la situación.)** Eso, sí; eso es lo que yo digo.

TOMÁS.- Pues sí. Durante todo el año uno planea que cuando lleguen las vacaciones va a hacer esto y lo otro; y cuando llegan... ¡No sabe uno por dónde empezar! Pero hay que aprovechar el tiempo, por eso hoy me he levantado temprano, como todos los días, para empezar desde ya a hacer no sé qué.

PORTERO.- Pero..., si no sabe lo que va a hacer..., de poco le vale madrugar, ¿no?

TOMÁS.- **(Recordando.)** ¡Ah, que tengo puesto el café! **(Saliendo por la derecha.)** Espere un momento que enseguida vuelvo.

PORTERO.- **(Mirando de nuevo**, **con curiosidad**, **a todos lados.)** ¡Qué tipo más raro! Nunca pasa de los buenos días y buenas tardes y hoy hasta me invita a desayunar. **(Pausa.)** Y tiene la casa... un poco rara, parece como si acabara de llegar o..., como si estuviera a punto de irse. **(Revolviendo por los papeles de las cajas.)** Aquí tiene de todo: libros, periódicos...; **(Toma un periódico y lee.)** «Hoy se cumplen veinte años del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima». **(Asombrado.)** ¿Nada más? **(Mirando de nuevo el periódico.)** ¡Caramba, pero si es de hace otros veinte años! **(Transición.)** ¿Para qué querrá todo esto? Comprendo que se guarden cosas..., pueden ser curiosas a la vuelta de los años, pero así, ¡todo amontonado...! **(Sigue ojeando periódicos y libros.)** ¿Sabrá lo que tiene aquí? Yo creo que todos estos libros no los ha leído..., ¡ni los leerá nunca! No sabrá ni los que tiene. **(Coge una libreta**, **una agenda**, **y mira sus páginas con curiosidad**, **leyendo.)** «A las siete ver a Nieves» **(Sonríe.)** Qué gracioso, hasta cuando se cita con una chica lo anota... ¡Qué tontería, eso no se le olvida a nadie! **(Pasando páginas y leyendo.)** «Comprar tabaco, tinta y folios.» **(Sigue leyendo en otra página.)** «Por la tarde ver a Manolo».

(TOMÁS **entra por la derecha**, **con una bandeja y dos tazas**. **Le sorprende leyendo**.)

TOMÁS.- ¿Qué hace usted? **(Poniendo la bandeja sobre el escritorio.)**

PORTERO.- **(Asustado.)** Perdone... estaba viendo esto, curioseando los libros, ¿sabe? A mí siempre me ha gustado leer, **(Como justificándose.)** son tantas horas abajo, en la portería...

TOMÁS.- **(Mirando la agenda que aún tiene el** PORTERO **en las manos.)** Pero..., ¡eso no es un libro!

PORTERO.- ¿No? ¡Ah! No me había dado cuenta. ¿Qué es?

TOMÁS.- Es una agenda..., una vieja agenda, **(Va al** PORTERO **y le retira la agenda.)** donde..., seguro que hay trozos de vida.

(La luz blanca baja lentamente y entra luz azul intensa, dando una sensación de noche, pero muy iluminada.)

TOMÁS.- Cada página debe ser un trozo de historia vulgar y corriente, sin interés para nadie, pero que a mí, en aquellos días, seguro que me ilusionaba tremendamente.

(Va al receptor de radio, cambia la emisora -que apenas se oía- y pone una con música sinfónica a un volumen discreto que baja lentamente hasta apenas oírse.)

PORTERO.- **(Pareciendo que no entiende nada.)** Insisto: ¡qué hombre más raro! **(Se va retirando lentamente a la puerta de la izquierda, pero no sale.)**

TOMÁS.- **(Se sienta en el camastro y repasa la agenda.)** ¡Qué de teléfonos hay aquí...! Teléfonos de hace veinte años..., ¡o más! Cada número una persona, una amiga, un conocido, un amigo, un... alguien que entonces, llegó a formar parte de mi vida diaria... ¡gente que formó mi mundo!, y que luego, a la vuelta del tiempo..., ¡no sabes ni dónde están ni qué ha sido de ellos! **(Pensativo.)** Cada uno siguió su camino, o el camino que las circunstancias le marcaron, y ahora estarán por ahí, intentando vivir: algunos, a lo mejor, han triunfado, han hecho realidad sus proyectos; otros, quizá la mayoría, estarán conformándose con lo que cada día les depara la vida, pero... ¡eso sí!, sonriendo a los demás, engañándose a sí mismos ante el espejo, cada mañana, cuando el peine sólo sirve para arrancar las canas. **(Triste.)** Algunos, a lo peor, hasta han muerto. Si hoy me encontrara con alguno de ellos..., posiblemente ni nos conoceríamos: habremos cambiado físicamente; pero lo peor es haber cambiado espiritualmente: las costumbres, los gustos, los puntos de vista..., ¡todo, todo cambia con los años! Y aunque aparentemente seamos los mismos..., ¡no es así! Ha cambiado lo sustancial, el espíritu, **(Señalándose la cabeza y el corazón.)** lo que hay aquí y aquí. **(Hojea la agenda con interés.)** Pobre agenda..., toda llena de grasa, sobada, vieja y amarillenta, como un árbol que se arruga lentamente, se pone mustio y un día termina hecho astillas en cualquier chimenea de hotelito serrano. **(Transición. Se pone en pie, con gesto de satisfacción.)** ¡Mira, mira! **(Como si hablara con alguien.)** aquí está Nieves... ¡qué chica aquella! La recuerdo morena, con los ojos oscuros, bajita..., aunque era demasiado joven y..., a lo mejor creció y se

hizo más mujer; aquí está su teléfono..., lejos de esta ciudad, pero..., ¡todo sería cuestión de marcar un número! **(Se acerca al teléfono que hay sobre el escritorio.)** ¿Seguirá siendo el mismo? **(Dudando.)** Y si llamo..., ¿qué pasaría? **(Descuelga el teléfono. Está temblando.)** Parece mentira que a mis años me ponga a temblar como un mozalbete..., ¡de los de antes! Porque los chicos de ahora no tiemblan ante una chica..., ¡qué va! Las cosas han cambiado mucho..., ¡y menos mal! ¡Envidio a los jóvenes de ahora! **(Serio.)** A mí, sin embargo, ya me dan igual esos cambios. **(Duda.)** ¿Llamo? **(Apretando el teléfono con fuerza, suspira, da un trago de la taza de café y vuelve a colgar.)** No me atrevo..., quizá sea mejor dejarlo todo como está..., puede ser malo intentar dar marchar atrás al reloj. **(Se pasea nervioso por la habitación.)** Mira que si ella, ahora, **(Con ilusión.)** precisamente ahora, estuviera... por ejemplo ordenando las cosas de un armario, hubiera tropezado con una de mis cartas y... estuviera pensando en llamarme..., como yo a ella. **(Cambiando el gesto.)** Pero no, es muy difícil que ocurra una cosa así. **(Hay un silencio, mientras se toma el café lentamente, pensativo, mirando con insistencia al teléfono.)**

PORTERO.- **(Desde la puerta, siempre con voz muy pausada.)** Yo llamaría, por hacer una llamada no se pierde nada y..., ¡quién sabe!

TOMÁS.- (**Sin reparar en lo que dice el** PORTERO.) Pero..., me da miedo la realidad; creo que es mejor vivir con las ilusiones, con los propios sueños, que enfrentarse a algo que puede resultar...

PORTERO.- ¿Y si la realidad es más bonita que lo imaginado?

TOMÁS.- ¡Imposible!

PORTERO.- Yo no sería tan tajante. A veces vale la pena arriesgarse.

TOMÁS.- Entonces..., ¿Llamo? **(Contestándose a sí mismo.)** ¡Claro que sí! **(Decidido, marca cuatro números, espera unos segundos y cuelga.)** ¡Pero qué tonto soy! Hay que marcar el prefijo y... este número tendrá por lo menos un dos delante… Con el tiempo hasta los teléfonos han cambiado. **(Marca de nuevo y, mientras espera, apaga la radio.)** Oiga..., por favor: ¿la señorita Nieves?

(Baja la luz hasta hacerse casi un oscuro, en el que el PORTERO **sale lentamente de escena por la puerta de la izquierda; mientras, un foco ilumina el espejo practicable de la derecha donde aparece** NIEVES. **Es una mujer madura, con el pelo algo canoso, bien vestida, aunque sin lujos, y de aspecto agradable.)**

NIEVES.- **(Desde el espejo, que ahora hace de puerta.)** Sí, soy yo. ¿Quién es?

TOMÁS.- **(Al teléfono.)** ¿No te acuerdas de mí?

NIEVES.- **(Como si le contestara al teléfono.)** Si no me dice quién es...

TOMÁS.- **(Decidido.)** Soy Tomás..., ¿no recuerdas un día que llovía mucho, tú salías de la academia...?

NIEVES.- No sé de qué me habla. **(Pausa. Intentando recordar.)** ¿Tomás... Tomás...? **(Otra pausa.)** ¡Ah! Creo que sí. Yo tuve un amigo, un antiguo amigo que se llamaba Tomás. ¿Eres tú?

TOMÁS.- **(Nervioso, pero satisfecho.)** Sí, el mismo. Soy yo. Yo soy Tomás..., es que estaba recordando aquellos tiempos y..., pensé en llamarte.

NIEVES.- ¿Qué es de tu vida? ¿Cómo van tus cosas? ¿Te llegaste a casar?

TOMÁS.- **(Entristecido.)** Y..., ¿sólo se te ocurre preguntar eso? ¿De verdad no recuerdas aquella tarde, casi de noche, de lluvia?

(El foco se va apagando lentamente mientras vuelve la luz blanca.)

NIEVES.- **(Entrando en escena.)** Hay cosas... **(Camina despacio, sin acercarse a** TOMÁS, **y actúa, en principio, como una sonámbula.)** Hay cosas..., que ya no recuerdo..., y quizá sea mejor así.

TOMÁS.- **(Cuelga el teléfono. Acercándose a** NIEVES, **en tono suplicante.)** Hay cosas que no se pueden olvidar..., como

una declaración de amor, el primer beso o... ¡no, Nieves, hay cosas que no se olvidan!

NIEVES.- Yo sí.

TOMÁS.- **(Insistiendo.)** Aquella noche, tú, cargada de libros, apuntes y lapiceros, me dijiste, con muy buenas palabras, ¡eso sí!, y con una sonrisa encantadora, que ¡no!, que podíamos seguir siendo muy buenos amigos, pero nada más.

NIEVES.- **(Sigue como ausente.)** Es posible... no lo recuerdo bien.

TOMÁS.- Tu argumento casi convencía: dijiste, ¡me dijiste a mí!, que éramos muy jóvenes, que había mucha vida por delante y que era una locura comprometerse.

NIEVES.- **(Intentando comprender la situación.)** Posiblemente dije eso porque pensé con la cabeza y no con el corazón.

TOMÁS.- Pues hay veces en que... mejor sería dejar la cabeza... en un armario, ¡por ejemplo!

NIEVES.- En eso creo que coincidimos. Es malo razonar en exceso; quizá sea mejor, en algunas ocasiones, dejarse llevar por el primer impulso, decir sí a lo que se presenta ante nosotros y... disfrutar de la aventura, en lugar de analizar tanto los inconvenientes y las ventajas de cada cosa.

TOMÁS.- Entonces..., **(Cariñoso.)** ¿te arrepientes de aquello?

NIEVES.- Ya no es cuestión de arrepentirse o no. Tomás, (**Acercándose a** TOMÁS.) es que ya no es posible girar el reloj en sentido contrario, **(Triste.)** y eso es todo. **(Resuelta.)** Mira: ya tengo el pelo un poco blanco, los años han pasado por mí... ¡lo mismo que por ti!, y hemos perdido el ímpetu de los dieciocho años. Ahora somos personas **(Irónica.)** muy respetables, tú viviendo en esa ciudad, yo en ésta..., tenemos nuestras obligaciones, nuestro deberes para con la familia, para con la sociedad..., no podemos hacer locuras.

TOMÁS.- **(Aclarando.)** Yo no te he llamado... buscando una aventura, si lo entiendes así estás equivocada. Te llamé, después de mucho pensarlo, después de dudar porque... me sentía solo...

NIEVES.- **(Con una sonrisa de tristeza.)** Yo, en cambio, me siento excesivamente acompañada.

TOMÁS.- No es bueno estar solo.

NIEVES.- Tampoco la excesiva compañía; hay veces en que estás tan rodeada de gente que no te dejan ni pensar.

TOMÁS.- Tú eras una chica inquieta; recuerdo que te ilusionaba la pintura... tenías proyectos de hacer algo con los pinceles... ¡De llegar lejos! ¡De crear!

NIEVES.- **(Triste.)** Al final..., solo creé una familia... y mal; un marido, del que me separé, y unos hijos que..., viven su vida y yo que cuando, cada mañana, me miro al espejo, cuento una cana más, veo las arrugas más pronunciadas. Mi cuello ya no es terso como antes...

TOMÁS.- ¡Pero la belleza física no lo es todo!

NIEVES.- No lo es todo, pero sí una parte..., y una parte importante. No es lo mismo ver un rostro joven y hermoso que una tez rugosa y reseca de años.

TOMÁS.- **(Tratando de consolarla.)** No estoy de acuerdo.

NIEVES.- No te engañes... Tú, en aquel tiempo, aquella tarde de lluvia, me habrías besado sintiendo el calor de mi piel; hoy no lo harías o... me darías un beso de afecto, de compasión, de saludo; pero percibirías la falta de vida, la escasez de juventud, la ausencia de belleza... Esa belleza que entra por los ojos y llega al alma.

TOMÁS.- **(Acercándose a ella.)** ¿Me dejas que te bese?

NIEVES.- **(Apartándose.)** Sería mejor que no lo hicieras. Si guardas un bonito recuerdo de mí, de cuando compartimos algunas ilusiones, de cuando yo te contaba aquellos proyectos de plasmar en los lienzos mi visión personal del mundo, de irme a París a llevar una vida bohemia... en Montmartre... ¡La época dorada del existencialismo...! Si recuerdas con agrado todo aquello, es mejor dejarlo así, como está. **(Con una risa fingida.)** Además..., ya he perdido algún diente.

TOMÁS.- **(Se sigue acercando cariñosamente a ella.)** Pero la amistad se mantiene, el afecto, el cariño... Nieves: yo te quería, te lo dije.

NIEVES.- Sí, ya recuerdo, pero... observa que lo dices en pasado: «yo te quería», no has podido decir «yo te quiero». Las circunstancias van enderezando o torciendo nuestro camino y nosotros, lamentablemente, no lo podemos alterar. Por eso digo que es mejor dejarlo, mantener el recuerdo de unos ojos oscuros,

un pelo negro, un cuerpo joven, una tarde de lluvia, la tranquilidad de una vieja capital de provincias y..., unos libros bajo el brazo.

TOMÁS.- **(Desolado.)** ¿Tú lo crees así? ¿No eres capaz de intentar forzar...?

NIEVES.- Sería inútil. **(Resuelta.)** Escucha, Tomás, el amor es algo que sale de muy dentro, que no se puede explicar, pero que se siente. No es posible decir: ahora quiero a esta persona, ahora no la quiero, me enamoro o... dejo de enamorarme. No podemos decidir nosotros que, ahora o a la vuelta de los años, vamos a sentir amor por una persona determinada. No, Tomás, no. Yo ya no soy la misma de aquella tarde... Ahora soy diferente...

TOMÁS.- ¡Ya lo sé! Físicamente no eres la misma...

NIEVES.- ¡Ni espiritualmente! O... sicológicamente, como quieras llamarlo. Mi concepto de la vida ha cambiado, mis puntos de vista también; mi forma de pensar, de reaccionar, de sentir, ya no es igual que hace años. Aunque tú creas que no, somos dos desconocidos... con la agravante de que hace años, algunos años, quizá muchos, fuimos muy amigos... casi...

TOMÁS.- Sí, casi... porque sentíamos juntos muchas cosas, compartíamos ilusiones, gustos, aficiones, y..., ¡hasta proyectos!

NIEVES.- **(Riendo.)** Así es. Recuerdo que tú también estabas dispuesto a irte a París..., a lo mejor conmigo; querías escribir versos, ¿no? Deseabas ser poeta...

TOMÁS.- **(Como avergonzado.)** Te acuerdas de eso, ¿verdad?

NIEVES.- Sí, vagamente.

TOMÁS.- Pues sí, escribí versos, pero... no debían ser muy buenos... ¡Vamos, digo yo! Porque nunca conseguí publicar ninguno.

NIEVES.- Eso no quiere decir nada. **(Transición.)** Y ahora..., ¿sigues escribiendo?

TOMÁS.- **(Bajando la cabeza.)** Sí, en la mesa de la oficina: números y números, oficios, cartas, informes..., lo que me mandan hacer.

(Se hace un silencio, **mientras** TOMÁS **juguetea con la agenda entre las manos y** NIEVES **se acerca al espejo por el que salió a escena**.**)**

NIEVES.- Es triste, todo eso es muy triste.

TOMÁS.- Recuerdo que en aquella época teníamos un amigo común, Juan, que se dedicaba a hacer algunas revistas de poesía..., ¡a multicopista! ¡Muy malas de presentación! Pero..., las hacía con mucha ilusión. ¿Qué habrá sido de él? A lo mejor también está **(Por la agenda**.**)** aquí su teléfono y..., ¡lo podríamos llamar! **(Coge el teléfono**.**)** ¿Te parece bien?

NIEVES.- **(Muy grave**.**)** No lo hagas.

TOMÁS.-**(Ingenuo**.**)** Sería estupendo que nos viéramos con él.

(Marca un número en el teléfono. **Mientras tanto**, NIEVES **hace mutis por el espejo practicable de la derecha**, **sin que** TOMÁS **repare en ello**.**)**

Por favor..., ¿Juan?

VOZ DE JUAN.- Sí, ¿quién es?

TOMÁS.- **(Al teléfono**.**)** Soy Tomás, tu amigo Tomás..., el que escribía versos y tú, en tus revistas, no le publicaste ninguno.

VOZ DE JUAN.- ¡Ah, sí!

(Baja la luz de la escena hasta hacerse casi oscuro, **mientras que un foco ilumina el espejo practicable de la izquierda**, **donde aparece** JUAN. **Es un hombre grueso**, **bien vestido**, **hasta elegante**, **de unos cincuenta años**, **dinámico y locuaz**.**)**

TOMÁS.- **(Al teléfono**.**)** Te llamaba para saludarte... ¡Hace tanto tiempo que no sabemos el uno del otro!

(Cuelga discretamente el teléfono y se dirige a JUAN **que va entrando lentamente en escena.)**

Me he acordado de ti y me he dicho... ¡Pues vamos a llamar a Juan! ¡Vamos a ver cómo le van las cosas!

JUAN.- Pues no te puedes imaginar; cada día más liado, cada día más complicaciones... ¡Llevo una vida tremenda! **(Dudando.)** Vamos..., ¡que no hay quien lo aguante!

TOMÁS.- (**Acercándose a** JUAN.) Oye..., ¿de verdad te acuerdas de mí?

JUAN.- **(Dudando.)** Pues... sí, claro que me acuerdo, tú eres...

TOMÁS.- ¡Tomás! El que escribía versos.

JUAN.- **(Haciendo un chasquido con los dedos.)** ¡Eso es, Tomás! Ya decía yo... es que...

(El foco se va apagando, mientras vuelve a escena la luz blanca.)

como veo a tanta gente al cabo del día, pues... no recordaba bien tu nombre, ha sido eso, pero... ¡sí! **(Fingiendo.)** Naturalmente que me acuerdo de ti. **(Muy dinámico.)** ¡Chico!, qué bien te encuentro... por ti no pasan los años.

TOMÁS.- **(Un poco enfadado.)** ¿Cómo que no? ¡Por mí pasan como por todos! Te agradezco la gentileza, pero... no me gusta que me engañen.

JUAN.- Perdona, chico; no estaba en mi ánimo ofenderte, simplemente...

TOMÁS.- **(Masticando las palabras.)** Simplemente no sabes quién soy, no me recuerdas, y ante mi llamada has querido quedar bien. **(Con amargura. Aparte.)** Es triste que estas cosas ocurran.

JUAN.- Bueno, perdona, chico; tengo mucha prisa... tengo que abrir el despacho, los clientes esperan. **(Hace ademán de salir por el espejo de la izquierda.)**

TOMÁS.- **(Reteniéndole.)** Espera, no te vayas tan pronto. **(Casi suplicante.)** Quisiera hablar contigo.

JUAN.- Si tienes algún problema, cuéntamelo; dispongo del mejor despacho de abogados que hay en la ciudad.

TOMÁS.- **(Desolado.)** Pero es que yo no necesito un abogado..., ¡ni dos, ni tres! Lo que quiero es amistad; deseo recuperar a mis viejos amigos... Me siento muy solo. Esta ciudad es muy grande, cada uno vive en su pequeña colmena, todos vamos deprisa, no nos miramos a la cara... ¡Todos vivimos solos! **(Con rabia.)** Y no somos capaces de recoger la vieja agenda y resucitar esos números de teléfono que un día fueron...

JUAN.- (**Extrañado de la actitud de** TOMÁS.) Quizá todo eso te lo pueda quitar un sicólogo... ¿Has probado a ir al sicólogo?

TOMÁS.- **(Sin comprender.)** ¿A quién dices?

JUAN.- Al sicólogo... **(Tratando de convencerle.)** te advierto que da muy buenos resultados. **(Vuelve al centro de la escena y mira con curiosidad la estancia.)** Si acudieras a él posiblemente desvelaría tu afición a los espejos y..., a tener todo amontonado aquí, en el suelo, metido en cajas...

TOMÁS.- Es que nunca tuve ocasión de ponerlo en orden. Hace años creí que me iba a mudar de casa, que todo iba a cambiar, y consideré que no valía la pena molestarse en sacarlo todo para volverlo a guardar. Luego, el tiempo, ¡el maldito tiempo!, intentó convencerme de que no cambiaría nada, pero yo mantengo la esperanza y prefiero dejarlo todo así. **(Pausa.)** Posiblemente todo estaría más bonito ordenado, cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa, pero no he sido capaz de hacerlo así. A fin de cuentas esto es lo más parecido a un mundo; **(Riendo sin gana.)** todo revuelto, todo desordenado...

JUAN.- ¿Y los espejos? ¿No te parece raro tanto espejo? Da la impresión de que eres un poco narciso, que te pasas el día admirando tu figura, ¿no?

TOMÁS.- Estás equivocado; no los tengo para mirarme yo, sino para ver a los demás. Con ellos me siento más acompañado.

JUAN.- No lo entiendo.

TOMÁS.- Sí, es muy sencillo. Yo miro a esos espejos y me devuelven la imagen de viejos amigos, me enseñan los escenarios que fueron lugar habitual mío hace tiempo… Los personajes que salen de ahí, de esos cristales con azogue, me hacen compañía, y son parte de mi vida. Ahora mismo estaba aquí Nieves, y salió de uno de ellos: y tú, ¡tú mismo, has salido **(Señalando el espejo de la izquierda.)** de ahí!

JUAN.- **(Disciplinente.)** ¡Eso son tonterías! ¡Una forma, como otra cualquiera, de engañarse!

TOMÁS.- Entonces..., ¿cómo estás aquí?

JUAN.- **(Explicativo.)** Mira, yo lo único que he hecho ha sido atender tu llamada telefónica. Hace ya tiempo que no nos veíamos, no sabíamos el uno del otro, y... te acordaste de mí, marcaste mi número de teléfono, yo acudí y..., ¡nos hemos saludados! Eso es todo.

TOMÁS.- Entonces..., ¿tú no crees en los espejos... ni en las viejas agendas... aunque estén llenas de grasa?

JUAN.- **(Muy condescendiente.)** Se nota que fuiste poeta, todo lo llevas al terreno de la fantasía.

TOMÁS.- **(Insistente.)** Pero... de verdad, ¿tú no crees...?

JUAN.- Escucha: yo los espejos los utilizo para mirarme mientras me afeito y para hacer el nudo de la corbata, incluso para peinar el pelo que ya se va cayendo; las agendas, cuando pasa el año, las destruyo, las tiro hechas trocitos así de pequeños.

TOMÁS.- ¡Eso es romper la vida, eso es destrozar el pasado!

JUAN.- **(Sin escucharle.)** Y la lista de direcciones y teléfonos... pues la saneo también una vez al año: paso a la nueva agenda los que me interesan y olvido los otros.

TOMÁS.- ¿Cómo es posible?

JUAN.- A lo largo de doce meses uno va anotando muchos nombres, infinitos números de teléfono... que sirven para una semana, a lo sumo para un mes, para escribir una carta o hacer un par de llamadas telefónicas; después... ocupan espacio y no tienen ninguna utilidad.

TOMÁS.- Pues yo creo que haces mal, porque cada línea de la agenda es una persona... ¡todo un mundo! y no se deben destruir simplemente porque ya no nos valen. Ese nombre que ya, a lo peor, no te dice nada, un día fue tu amigo o podría serlo ahora; quizá de uno de esos nombres, que tan orgullosamente tiras al cesto de papeles, dependió que solucionaras un problema o te hizo compañía cuando más lo necesitabas. Repasando esos viejos nombres puedes sentir que no estás tan solo.

JUAN.- **(Sin saber qué responder.)** Hay que ser razonable, Tomás.

TOMÁS.- También lo fui; y muchas veces, por ser razonable, me encerré entre las cuatro paredes de mi vida, ahogándome en el humo de mis propios cigarrillos. Por eso hoy me atreví a abrir la ventana de estas páginas, **(Por la agenda.)** para ver si entraba el aire de la fantasía, de los sueños, de esos deseos que todos, ¡pero todos!, tenemos más o menos escondidos.

JUAN.- Y..., ¿resultó positivo?

TOMÁS.- **(Triste.)** No sé qué decirte, **(Dudando.)** por una parte creo que sí, aunque por otra... resulta triste comprobar que todos hemos cambiado: el joven editor de revistas poéticas, hoy es abogado; la soñadora jovencita con inquietudes de pintora, ahora es madre de familia, apática y aburrida; el ilusionado poeta... pone sellos de tampón en una oficina...

JUAN.- Esta vida, aunque suene a tópico, no resulta como la queremos hacer; es ella la que nos hace a nosotros.

TOMÁS.- Como frase puede ser bonita, pero... yo no quiero que sea así... **(Nervioso.)** ¡No, no quiero! **(Se deja caer en una silla tapándose la cara con las manos.)**

JUAN.- **(Bajo.)** ¡Pobre hombre!, nunca fue razonable.

(Se acerca al espejo de la izquierda y sale lentamente.)

TOMÁS.- **(Muy despacio, va retirando las manos de la cara.)** No, no quiero (**Se levanta despacio y avanza hacia el proscenio, mirando a los lados, como buscando a** JUAN.) Yo no quiero que sea la vida la que haga mi camino, necesito ser yo quien decida... **(Triste.)** pero, aunque sea lamentable, creo que Juan va a tener razón. Quizá sea mejor olvidarlo todo... **(Pausa.)** Otra vez me quedé solo; sí, solo con mis cacharros en desorden, con mis espejos... conmigo mismo. **(Transición.)** Bueno, y ahora, ¿qué? **(Resuelto.)** Pues nada, a seguir viviendo y nada más. **(Pensativo.)** Esto es un asco. Yo no sé si los demás, todo ese mundo de gente que merodea cuando salgo a la calle, esas personas que me empujan en el metro, con las que coincido en el ascensor, las que se sientan junto a mí en la cafetería..., yo no sé si todos ellos tendrán a veces la sensación de soledad que yo siento. Y me gustaría saberlo, pero... ellas, esas gentes, pasan de largo y no son capaces de confiar a nadie sus problemas. **(Sonriendo.)** ¡Claro, que yo tampoco lo hago! ¿Qué dirían de mí si ahora saliera y al primer señor o a la primera señora que me

encontrara le dijera, así, sin más, de golpe y porrazo: «¿quiere hacerme compañía? Me siento muy solo»; **(Alzando los brazos con un gesto muy expresivo**, **sobreactuando**.**)** el uno, quizá, me llamaría homosexual y la otra ligón y caradura; y serían falsas las dos cosas. Mi intención únicamente sería proponerles sentarnos uno frente a otro, dejar libre la imaginación, desprendernos ambos de convencionalismos y temores, y contarnos nuestros problemas con una total y plena libertad... o simplemente hablar, hacernos compañía uno a otro, así de sencillo. **(Pausa**.**)** Para superar una situación como la mía, Juan me sugiere que vaya al sicólogo... ¡los sicólogos!, ¡los confesores de la era moderna! **(Paseando por el proscenio**.**)** Y es que no somos capaces, no sé por qué, de ser sinceros con el de enfrente, con el que tenemos a nuestro lado... **(Se para en seco y señala a imaginarias personas de entre el público**.**)** Porque, vamos a ver; usted, y usted, y usted... ¡seguro que tienen problemas! pero no problemas económicos, o laborales; usted, y usted y usted, tienen problemas más que sentimentales; en muchas ocasiones se sienten solos, sin tener a nadie a quien echar mano para decirle: yo me siento solo, si tú también lo estás ¡unámonos! Vamos a cogernos del brazo y a caminar juntos: siendo dos ya no estaremos solos. Pero no lo hacen. Prefieren perder la vista ante el paisaje del televisor, apoyar la amargura en la barra de un bar o irse a la cama envueltos en soledades. **(Va hacia el fondo del escenario**, **justo al centro**, **entre los dos espejos practicables**.**)** Desgraciadamente somos espejo de nosotros mismos. **(Se vuelve de frente al público**.**)** Estos son mis amigos **(Señala los dos espejos con ambos brazos**, **poniéndose casi en cruz.)** y también mis enemigos... pero ya no son lo que eran, han cambiado mucho; hace años reflejaban una imagen limpia, perfecta, encantadora a la vista; ahora, con el paso del tiempo, el azogue se les ha ido y el cristal está rayado... ahora dan una imagen borrosa, con aberraciones, triste, sin alegría. El tiempo se ha encargado de estropearlo todo.

PORTERO.- **(Fuera**.**)** ¡Don Tomás, don Tomás!

(Suena el timbre de la puerta.**)**

TOMÁS.- **(Va hacia la puerta**.**)** Ya voy, ya voy; ¿qué pasa?

(Abre la puerta en la que aparece el PORTERO, **que sigue vistiendo el mono azul**.)

PORTERO.- **(Excitado.)** ¡Que han venido! ¡Que han venido!

TOMÁS.- Pero... ¿quién ha venido?

PORTERO.- ¡Ellos, han venido ellos!

TOMÁS.- **(Intentando tranquilizarle.)** Está nervioso; ande pase y siéntese.

(El PORTERO **entra y se sienta.)**

Ahora dígame, ¿quiénes han venido?

PORTERO.- **(Tragando saliva.)** Perdone que esté así, un poco nervioso; es que como usted buscaba a sus amigos..., a los de la agenda esa que tenía ahí...

TOMÁS.- ¿Y qué?

PORTERO.- **(Resuelto.)** ¡Pues que han venido! ¡Que han venido dos de ellos a verlo!

TOMÁS.- ¡No es posible! ¿Dónde están? ¡Dígales que suban!

PORTERO.- Vienen ahora, dentro de un ratito. Me han preguntado si usted vivía aún aquí, y si estaba en casa; al decirles que sí, me han contestado que ahora vuelven... que regresarían en unos momentos. También me preguntaron si había cerca alguna tienda de regalos. Yo creo que habrán ido a... comprarle algo, ¿no? Un obsequio..., ¡digo yo!

TOMÁS.- **(Ilusionado**, **pero sin llegar a comprender lo que sucede.)** ¿Quiénes son, quiénes eran? ¿Le han dicho sus nombres?

PORTERO.- Sí, me han dicho que eran... **(Recordando.)** Manolo y Estrella; ¡eso es! Parecía un matrimonio, ya mayores... muy arreglados, muy educados ellos...

TOMÁS.- **(Haciendo memoria.)** No es posible... no pueden ser mayores, era una pareja muy joven... Él era un estudiante de Farmacia y ella... trabajaba en una oficina...

PORTERO.- Es que el tiempo...

TOMÁS.- ¡No me hable del tiempo! Para mí es ya casi una obsesión. **(Transición.)** Nos veíamos con frecuencia, a mí me gustaba Estrella pero... se terminó casando con Manolo; luego salí un tiempo con Nieves, pero... aquello no cuajó. Cada uno teníamos nuestros sentimientos muy escondidos, sin atrevernos a manifestarlos. ¡Eran tiempos de mucha represión, de falta de libertad! Si hubiéramos sido sinceros a lo mejor ni Manolo se habría casado con Estrella, ni Nieves me habría dicho que sólo podíamos ser buenos amigos, ni yo viviría aquí, solo, angustiándome en recordar. Por eso le digo que el tiempo, aquel tiempo, tiene la culpa de todo **(Dudando.)** o..., quizá fue mejor así.

PORTERO.- Nunca se sabe, don Tomás. Las cosas pasan y pasan..., ¡eso es todo! Nunca se sabe...

TOMÁS.- Mejor así. Mejor recordar cuando nos veíamos aquellas tardes de juventud en...

PORTERO.- ¡En el baile!

TOMÁS.- **(Sonriendo.)** No, en absoluto; entonces no abundaban los bailes como ahora, y menos en una capital de provincias conservadora, cerrada entre sus muros, dormida a la sombra de los cipreses... Entonces sólo se podía ir al cine, **(Muy sarcástico.)** a ver películas edificantes, o al café... Allí, en el viejo café, en el «Suizo», montábamos nuestras tertulias. Hablábamos de todo, planeábamos arreglar el mundo en dos días, soñábamos con salir, ¡escapar!, de tanto provincianismo y vivir nuestra vida, repleta de ilusiones. **(Triste.)** Eran tiempos muy hermosos. Recuerdo que Manolo nos proporcionaba revistas extranjeras...

PORTERO.- **(Con picardía.)** ¿De chicas?

TOMÁS.- ¡De arte, de literatura, de poesía!

PORTERO.- **(Confuso.)** ¡Ah, perdone!

TOMÁS.- De cine, de teatro... Aquellas páginas eran como una ventana abierta al mundo. Y Estrella, en la máquina de su oficina, preparaba octavillas incitando a lo que nosotros llamábamos «la revolución cultural»... **(Riendo.)** ¡Nos habíamos adelantado a Mao! **(Con añoranza.)** ¡Qué locos estábamos! Si aquellos veladores de mármol hablaran... **(Sonriendo.)** Pero mejor que no lo hagan. Yo acostumbraba a llegar el primero...

(Baja lentamente la luz de escena y, simultáneamente, sendos focos iluminan los dos espejos practicables, donde aparecen ESTRELLA **y** MANOLO. **Una pareja mayor, próxima a los cuarenta y cinco años, vestidos con ropa informal, pero con cierta elegancia**. ESTRELLA **lleva en la mano un paquete de regalo.)**

ESTRELLA.- **(Esta frase la dice con voz muy pausada.)** ¡Hola, Tomás! ¿Hace mucho que esperas?

MANOLO.- **(También con voz pausada.)** ¿Qué te cuentas? Como siempre, nos hemos retrasado un poco; perdona.

(El PORTERO **se levanta lentamente, va hacia la derecha, sale, y al momento aparece en primer término con una chaquetilla de camarero puesta encima del mono azul, y una bandeja en la mano.)**

ESTRELLA.- **(Aún desde el espejo.)** La tarde está fría, menos mal que aquí hace calorcito. (**Se acerca a** TOMÁS.)

MANOLO.- **(También desde el espejo.)** Tenemos mesa..., ¡menos mal! (**Se acerca a** TOMÁS.)

TOMÁS.- En este café siempre hay una mesa libre. Sentaros. **(Se sienta junto al escritorio.)**

(Se apagan los dos focos que iluminan a ESTRELLA **y a** MANOLO. **Entra una luz azul, intensa, dando una sensación de noche con luna.)**

MANOLO.- (**Sentándose junto a** TOMÁS.) ¡Menos mal que aún quedan cafés donde colocar las posaderas!, ¿no? **(Ríe sin mucha gana.)**

ESTRELLA.- Si no fuera por este local..., **(Deja sobre la cama el paquete que lleva en la mano y se sienta junto a ellos.)** ya no sabe una a donde ir... ¡Qué aburrimiento!

MANOLO.- (**A** ESTRELLA.) ¡Tampoco es para tanto..., siempre te estás quejando!

(El PORTERO **se acerca a la mesa.)**

PORTERO.- ¿Qué les sirvo? ¿Lo de siempre?

MANOLO.- **(Con gesto y tono de resignación.)** Sí, lo de siempre.

ESTRELLA.- **(También con resignación.)** ¡Para no cambiar! (**Al** PORTERO.) Sí, lo de siempre.

TOMÁS.- A mí me gustaría cambiar, yo... ¡Prefiero cambiar! (**Al** PORTERO.) ¿Qué tiene, aparte de café?

PORTERO.- ¡Hombre! Hay bebidas, pero... el café que han traído recientemente es muy bueno, **(Haciendo la propaganda del producto.)** Colombia puro, sin adulteraciones; las bebidas, en cambio, con esto de la escasez... no le garantizo la calidad; ya sabe usted lo que pasa.

TOMÁS.- **(Mordiendo las palabras.)** O sea: ¡que no hay manera de cambiar!

PORTERO.- Sí, usted puede cambiar si quiere, pero... es arriesgado.

TOMÁS.- **(Dudando.)** No sé, no sé.

PORTERO.- **(Resuelto.)** En fin, ¡café para todos!

(Se retira y hace mutis por la derecha.)

MANOLO.- (**A** TOMÁS.) Tú siempre con tus afanes de cambio.

ESTRELLA.- (**A** TOMÁS.) Es mejor ir a lo seguro…, a lo conocido.

TOMÁS.- **(Muy extrañado.)** No os comprendo. Habéis entrado hablando de aburrimiento, ahora me aconsejáis que no cambie..., ¡ni siquiera de bebida! Y... os veo serios, como muy...

MANOLO.- **(Triste.)** Viejos; sí, esa es la palabra, viejos.

ESTRELLA.- Es que... **(Intentando justificarse.)** la vida que una lleva... resulta monótona. Al final todos los días son iguales; eso envejece, reseca la piel y las ideas.

TOMÁS.- **(Sigue extrañado.)** Pero... vosotros no sois así... ¿Cómo hoy...?

ESTRELLA.- Mejor dirás; «no erais así».

MANOLO.- **(Insistiendo.)** Sí, «no erais así», eso es lo correcto.

TOMÁS.- Y..., ¿por qué hablar del pasado? Nosotros siempre hemos sido... **(Transición.)** Es que no entiendo nada. Dejadme, dejadme que ponga mis ideas un poco en orden. Si mal no recuerdo... yo estaba en casa, el portero me dijo...

(Entra el PORTERO **con tres cafés en la bandeja y los pone sobre el escritorio**. **Se queda en pie junto al grupo.)**

Sí, el portero subió y me dijo... (**Al** PORTERO.) ¡Usted, usted me dijo que habían venido dos amigos a verme!, ¿no? Y... ahora me encuentro aquí en el café de siempre..., ¿qué ha pasado con el tiempo? Todo esto es muy extraño... **(Echándose las manos a la cabeza.)** Siento mareos y dolor de cabeza.

MANOLO.- Todo ha sucedido en un segundo, en un día o... en una vida, ¡qué más da!

TOMÁS.- (**A** MANOLO **y a** ESTRELLA.) Y vosotros dos siempre tan animosos y hoy, en cambio, arrastráis la amargura...

ESTRELLA.- Ha sido culpa del tiempo, ese tiempo de que tú hablas.

MANOLO.- Por eso es mejor no recordar.

TOMÁS.- (**Al** PORTERO.) ¡Usted, usted me dijo que venían mis amigos...! Esos amigos a los que yo buscaba desde mi vieja agenda, sucia y grasienta;

(ESTRELLA **y** MANOLO **se levantan lentamente y salen**, **cada uno por uno de los espejos del foro**.**)**

usted me dijo que habían ido a comprar no sé qué y que en unos momentos volvían... **(Casi suplicante.)** Que eran de esos amigos que estaban en mi agenda, ¿no lo recuerda? ¡Por favor: dígame que fue así!

PORTERO.- **(Calmándole.)** ¿Por qué no se tranquiliza? Yo... soy el camarero, llevo en este café muchos años ¡casi desde que lo inauguraron! No sé nada de lo que usted me habla, pero no se preocupe... mire: a veces uno puede sufrir alucinaciones, tener sueños y creer que son realidad. La fiebre produce esas cosas, pero pasan enseguida. Le traeré un vaso de agua y otro calmante, le sentará bien.

(El PORTERO **hace mutis por la derecha**. TOMÁS **se levanta**, **va al camastro y se echa**. **A los pocos segundos de nuevo el** PORTERO, **ya sin chaquetilla de camarero**, **con un vaso de agua en la mano**. **Se apaga la luz azul y vuelve la luz blanca a escena**. **Acercándose a** TOMÁS. **En voz baja**.**)**

PORTERO.- ¡Don Tomás, don Tomás! **(Le ofrece un comprimido y el vaso de agua.)** Tómese esto, le sentará bien.

TOMÁS.- **(Como despertando de un profundo sueño.)** ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

PORTERO.- Nada, no ha sido nada, tal vez la fiebre.

TOMÁS.- ¿Yo? ¿Fiebre? **(Se toma el comprimido y el vaso de agua.)**

PORTERO.- Sí..., **(Sin saber cómo explicarse.)** es que esta mañana...

TOMÁS.- **(Devolviendo al** PORTERO **el vaso.)** Gracias. ¿Qué ocurrió esta mañana?

(**Se sienta en el filo del camastro cogiendo maquinalmente el paquete que dejó** ESTRELLA.)

PORTERO.- Esta mañana oí ruido aquí, en su piso, muy temprano y..., como el día antes me dijo que empezaba de vacaciones..., pues me preocupé; llamé al timbre y...

TOMÁS.- **(Intentando recordar.)** ¿Y qué?

PORTERO.- Abrió usted el piso, pero... vi que no se encontraba bien; tenía fiebre, una fiebre muy alta... creo que deliraba. **(Quitando importancia al hecho.)** Pero ya pasó, ya se encuentra mejor, ¿verdad?

TOMÁS.- **(Recuperándose.)** Creo que sí; me duele un poco la cabeza, pero... nada más. Tenía la boca seca y sensación de angustia... parece que pasó; creo que sí, que ya pasó todo.

PORTERO.- Yo voy a seguir con mis tareas, **(Inicia el mutis por la izquierda.)** las tengo abandonadas todo el día... **(Sonriendo complaciente.)** pero ahora recupero el tiempo perdido.

TOMÁS.- **(Meditando. En voz baja.)** ¡El tiempo!, ¡siempre el tiempo!

PORTERO.- **(En la puerta.)** Si necesita algo me llama. Con una voz que dé yo le oigo. Estaré abajo o barriendo la escalera. De todos modos, dentro de un rato, volveré para ver cómo sigue.

TOMÁS.- **(Señalando el paquete que tiene en la mano.)** ¿Y esto?

PORTERO.- Lo trajeron para usted. **(Sale.)**

TOMÁS.- **(Abre el paquete y encuentra una agenda nueva.)** Una agenda..., **(Muy sorprendido.)** una agenda nueva, con todos los días en blanco... y el índice de direcciones sin usar... **(Se levanta y se acerca al proscenio hojeando la agenda.)** ¿Quién me habrá enviado esto? Es como un símbolo del tiempo que tiene que transcurrir...

(La luz blanca de escena baja muy lentamente. Por la ventana entra un haz de luz azul, como al principio de la obra.)

Un paquete de hojas en blanco, donde ya no hay teléfonos, ni direcciones, ni amigos... ¡Es el tiempo contenido entre unas cubiertas de piel! **(Se vuelve hacia el centro de la escena, quedando completamente quieto.)**

(**Una grabación deja oír las voces lejanas de** NIEVES, JUAN, ESTRELLA **y** MANOLO.)

VOZ DE NIEVES.- Ya no podemos girar el reloj en sentido contrario... Los años han pasado por mí..., ¡lo mismo que por ti! No podemos hacer locuras...

VOZ DE JUAN.- Quizá todo te lo pueda quitar un sicólogo..., ¿has probado a ir al sicólogo? El sicólogo desvelaría el porqué de tu afición a los espejos..., y a tenerlo todo amontonado...

VOZ DE ESTRELLA.- Ya no sabe una donde ir. Al final todos lo días son iguales... Ha sido culpa del tiempo, ese tiempo de que tú hablas.

VOZ DE MANOLO.- Tú siempre con tus afanes de cambio... Es mejor no recordar.

(Entra una música suave, **y en una grabación se oyen las voces lejanas y profundas de** NIEVES, JUAN, ESTRELLA **y** MANOLO **que repiten formando coro**.**)**

CORO.- Es mejor no recordar. Ha sido por culpa del tiempo, de ese tiempo de que tú hablas...

(Mientras cae lentamente el telón.)